

HOMBRES QUE ESPERAN

Dra. María Laura Picón¹

Presentación

“Dios se asoma desde el cielo hacia los hijos de Adán para ver si *hay* un sensato que busque a Dios.” Salmo 53, 3.

En nuestro mundo secularizado muchas son las manifestaciones de búsqueda de Dios, puesto que el hombre se encuentra necesitado de certezas, seguridades y respuestas que, el transcurso de la historia, no logra disipar.

Jacques y Raïssa Maritain no fueron la excepción. La “sed de Verdad” fue el camino de su conversión y el derrotero que los condujo a buscar a Dios. El matrimonio – y me refiero a ambos porque si de los dos, fue Jacques el que ha alcanzado más renombre fue simplemente por el deseo de anonimato de Raïssa- que ha experimentado desde su más tierna juventud el deseo de Verdad, la ausencia de ésta en el mundo que los rodeaba (positivista y formalizado), la desesperación y el sufrimiento por no hallarla, encarna la verdadera vocación del hombre: la conversión. Personifica el llamado que Dios hace al hombre a fin de que reconozca su iniquidad y su impotencia para salvarse y la necesidad inevitable de volverse al Padre.

¹ María Laura Picón es Doctora en filosofía por la Universidad Católica Argentina y Licenciada, profesora normal y superior y bachiller universitario en filosofía por la UNSTA. Se desempeña como docente e investigadora en distintas unidades académicas del IUNA y la UCA. Es autora de varios libros y artículos en revistas científicas con referato internacional. Miembro Colaborador del instituto Internacional Jacques Maritain con sede en Roma y editora de la revista digital Esperanza en Contexto.

Ambos son el prototipo del hombre que busca a Dios, y las experiencias previas y posteriores a su conversión nos revelan la vigencia y actualidad de la llamada que Dios hace día a día a los hombres.

Cada uno de ellos, desde su lugar de intelectuales, esposos, hijos y amigos volcaron su vida hacia la Vida, una Vida nueva y plena, en la que la conversión es sinónimo de compromiso y esperanza.

Y estos hombres, al igual que cada uno de nosotros, fueron invitados a hacer una opción fundamental: a cambiar radicalmente el centro de sus vidas, su punto de apoyo y su objetivo final.

Reconocer el pecado

El pecado del hombre, como dice el salmista, está en pretender no tener necesidad de Dios: “Dice en su corazón el insensato: ¡No hay Dios!”². El hombre se vuelve como el hijo pródigo, pretende bastarse a sí mismo y no reconoce su impotencia para salvarse. He aquí el pecado de presunción.

“O bien el hombre presume de sus capacidades esperando poder salvarse sin la ayuda de lo alto, o bien presume de la omnipotencia o de la misericordia divina (esperando obtener su perdón sin conversión y la gloria sin mérito)”³.

De este modo, el hombre al pecar, se vuelve dios y no acepta su condición de hijo; así, entonces, se descentra perdiendo la dirección, quedándose en tinieblas; se transforma en la medida de todas las cosas, la historia pierde sentido y Dios desaparece de la escena.

Sin embargo en este estado de alejamiento llega la exhortación de Dios, un llamado a la Esperanza: “¡Convertíos!”. Este llamado es el que proporciona al hombre la posibilidad de

² Salmo 53,2.

³ Catecismo de la Iglesia Católica, pto. 2092.

reconocer su pecado y de aceptar la salvación que Dios le ofrece.

El hombre es invitado a convertirse, lo que no sólo significa un cambio en las acciones sino una transformación radical en su vida. Mas dicha conversión conlleva una actitud interior y una confianza de las propias fuerzas al Altísimo.

En cierta forma este olvido de Dios también tuvo lugar en las vidas de Jacques y de Raïssa Maritain, aunque el deseo de dejar todo abandonado a las fuerzas humanas existió para ellos sólo en un primer momento.

Es curioso, pero en ellos el “olvido” de Dios estaba acompañado de una inmensa sed de infinito que, a medida que transcurrían los años, se iba haciendo más consciente. El pasaje de la incredulidad a la fe cristiana estuvo signado en ambos por el hambre y sed de verdad.

En el caso de Raïssa la incredulidad se remonta a los primeros años de vida en París. Su familia judía, oriunda de Rusia, decide viajar a Francia, lugar apropiado para educar y criar a sus dos hijas. Una vez instalados allí, la familia abandona las prácticas religiosas que tan celosamente habían sido preservadas por el abuelo.

Una anécdota de la niñez de Raïssa nos muestra los sentimientos de la niña respecto de Dios. Cuenta que en sus primeros años de escuela, sus padres la enviaron a un colegio católico dada la buena reputación del mismo. La pequeña Raïssa estaba eximida de las clases de catecismo, pero el día en que sus compañeras recibían la Primera Comunión la asaltaron extrañas reflexiones:

“Pensaba yo que en ellas (las creencias de los católicos) encontraría un día el mío –una verdad

absoluta, una verdad inquebrantable- conocería el sentido de la vida y la verdad sobre Dios.”⁴

Y ya casi al final de sus días, Jacques dirá de Raïssa:

“Finalmente ama a Dios, siempre amó a Dios, aún antes de conocerle.”⁵

En el caso de Jacques la incredulidad es la atmósfera que se respira en su familia. Separados sus padres, Jacques queda al cuidado de su madre Genoviève, hija de Jules Favre, un intelectual republicano y anticlerical de quien heredará su oposición al catolicismo. Sin embargo, las tradiciones familiares de amor idealista al pueblo y de combates políticos en pos de la libertad se enraízan desde temprano en el espíritu de Jacques.

Desde su adolescencia, Jacques se interesa por la cuestión social. Un fragmento de una carta enviada a Francois Baton lo demuestra:

“Y seguro que todo lo que pueda pensar y saber lo consagraré al proletariado y a la humanidad: lo emplearé totalmente en preparar la revolución, en ayudar por poco que sea a la felicidad y a la educación de la humanidad.”⁶

Es así que la influencia del entorno familiar configura en Jacques una personalidad inquieta e insatisfecha al mismo tiempo, marcada por tres elementos, a saber: la crítica dura a la burguesía acusándola de fariseísmo, la oposición a la Iglesia Católica por considerarla un freno para la liberación intelectual y la defensa de una sociedad donde haya “personas” y no objetos.

Con esta primera aproximación biográfica notamos que, tanto en Raïssa como en Jacques, la familia tiene un papel importante en la “absolutización” que ellos hacen de lo

⁴ Maritain, Raïssa: *Las Grandes Amistades*, Ed. Desclée de Brower, Bs. As., 1954, pág.40.

⁵ Maritain, Jacques: *Cuaderno de notas*, Ed. Desclée de Brower, Bs. As., 1954, pág. 46.

⁶ *Ibidem*, pág. 17.

temporal. Más aún, en este mismo contexto se ubicarán los ámbitos de la Ciencia y la Filosofía que ambos frecuentarán años después en la Sorbona⁷.

En el período en que Raïssa y Jacques se enfrentan al mundo universitario estaban convencidos de que la búsqueda de la verdad sería satisfecha por las ciencias naturales, convicción que poco a poco va produciendo en ellos un profundo desencanto.

“Bogábamos en las aguas de la observación y de la experiencia como los peces en los mares profundos, sin ver nunca el sol del cual recibiríamos los rayos muy atenuados. ...yo perdía pie y... me sumergía en la tristeza”.⁸

Sin embargo cabe destacar la existencia de un elemento profundo que los anima y los mueve por sobre todo: **el sentido de la vida y el deseo de verdad**. Un secreto impulso que los mueve a trascender lo meramente temporal: la pasión por el proletariado, la justicia y el amor a la humanidad.

Nos atreveríamos a decir que ellos, aún sin saberlo, vivían un profundo teísmo. Si bien en ese momento los Maritain se decían ateos, lo eran pero no de un modo absoluto. No como lo es el necio que niega la existencia de Dios y se reafirma en su omnipotencia temporal. Por el contrario, es justamente la ausencia de Dios la que los tortura, no pudiendo hallar puerto en las cosas terrenas.

“Hacia ya varios años que declinaba yo hacia el ateísmo. Creía ciertamente que no tenía fe en Dios pero, ¡a costa de qué

sufrimientos, de qué desolación de todo mi ser, de qué confusión.”⁹

De un modo casi intuitivo descubrían, lentamente, que la esperanza y el sentido de la existencia no eran alcanzados por la deificación de las cosas terrenas. Sin saberlo estaban aceptando la salvación que se ofrece al hombre. El dolor y el sufrimiento de no poder anclarse en las cosas temporales abre a Jacques y a Raïssa las puertas a la Esperanza, a esa esperanza que “siempre se insinúa. No se la reconoce, pero ahí está.”¹⁰

Convertirse es resucitar

Conversión, para cualquier hombre, significa poner fin a algo; dejar de ser lo que se era para comenzar a ser otra cosa. Es lo que los griegos llamaban μετανοια (metanoia) un cambio de actitud interior.

Pero lo más importante en toda experiencia de conversión es saber cabalmente **para quién se muere y para quién se vive**. Es un camino a la vida; una garantía de vida plena, de vida nueva.

Mas este pasaje de un estado a otro no se dio en el matrimonio Maritain sin lucha interior. Podría decir que no hay conversión que no vaya acompañada este tipo de luchas, San Agustín mismo, por ejemplo, nos relata sus dudas y debates espirituales en el libro VIII de sus *Confesiones*.¹¹ La pregunta que nos surge de inmediato es: “¿Cómo se engendra en Jacques y Raïssa el deseo de convertirse?”.

Ya hemos relatado como el mundo científico de la Universidad les fue produciendo un profundo desencanto y cómo las “alegrías” que podían proporcionarles las lecturas de algunos autores les dispensaban tan sólo breves momentos de felicidad dejándolos, al

⁷ Teorías filosóficas como el mecanicismo, el epifenomenismo y el determinismo absoluto, así como también el repudio a la metafísica son profesadas por sus docentes.

⁷ Maritain, Raïssa: Op. Cit., 1954, pág. 63.

⁷ Ibidem, 1954, pág. 65

⁸ Maritain, Raïssa: Op. Cit., 1954, pág. 63.

⁹ Ibidem, 1954, pág. 65.

¹⁰ Maritain, Jacques: Op. Cit., pág. 18.

¹¹ Vid. San Agustín, *Confesiones*, Libro VIII, 25-27.

cabo de un tiempo, más vacíos y desesperados.

Con el vacío y la desdicha ocasionada por la ingenua esperanza puesta en lo temporal viven los Maritain. A esta experiencia existencial es a la que Raïssa denomina angustia existencial o metafísica. Se trata del vacío que experimentan, no sólo en el ámbito personal, sino también a modo de signo dramático en la cultura moderna.

“No me es posible ya revivir en el mismo grado la pena profunda de mi corazón desfallecido de hambre y sed de verdad. Esta angustia metafísica que penetra en las fuentes mismas del deseo de vivir, es capaz de convertirse en una total desesperación y de conducir al suicidio.”¹²

Vale apreciar también cómo la “absolutización” de lo temporal y la supuesta felicidad traída de la mano de las ciencias naturales se ve derrumbada por el estado de desesperación que producen las cosas temporales. El absurdo de la vida, motivado por un hambre de verdad que la cultura moderna no satisface proclamando “un hombre capaz de todo menos de conocer la verdad”, aflige al matrimonio que entiende, de modo inadvertido, que, de no haber otra salida, sólo queda el suicidio.

A simple vista, los pensamientos de los Maritain parecerían encerrar lamentaciones sombrías y huelgas de esperanzas. Sin embargo, su desesperación, fruto de las pautas de la cultura moderna, no excluyen la posibilidad de encontrar un sentido a la vida; es decir, aquella “esperanza que siempre se insinúa. No se la reconoce, pero ahí está.”¹³

“Lo que nos salvó entonces, lo que hizo de nuestra real desesperación una desesperación todavía más condicional, fue justamente nuestro sufrimiento. Esta dignidad apenas consciente del espíritu salvó

nuestro espíritu de la presencia de un elemento irreductible al absurdo a que todo trataba de conducirnos”.¹⁴

El sufrimiento aparece en ellos como algo apenas consciente, confuso e intuitivo; y son esa confusión y ese sufrimiento los que hacen presente el anhelo de Verdad. Salvados de la desesperación total, y guiados por una pequeña esperanza difícil de reconocer, el velo que cubre al mundo espiritual se rasga delante de sus ojos.

Líneas arriba señalamos el hecho de que toda conversión implica “un morir” a un estado para entrar en la Vida; un cambio cuya transición produce en el sujeto una serie de dudas y de confusiones. En el caso particular de los pensadores que tratamos, el mundo espiritual - la contracara del espíritu reinante en los claustros universitarios- llega de la mano de dos hombres. Uno, profesor de filosofía de la Sorbona; el otro, un escritor sumido en la miseria y marginado por los “intelectuales de la época”.

Henri Bergson les devuelve desde sus clases la alegría al restablecer el sentido de la metafísica.

“Nos aseguraba Bergson... que somos capaces de conocer verdaderamente lo real, que por la intuición alcanzamos lo absoluto”.¹⁵

León Bloy los deslumbra como hombre que vivía y testimoniaba la fe, la fraternidad y el amor a Dios. Él es, de los dos, el que más fuertemente marcó la vida de los esposos.

Cuenta Jacques con qué aflicción existencial fueron por primera vez a encontrarse con Bloy. Anteriormente se habían encontrado con Bergson y su filosofía resultaba un endeble refugio ante las amenazas de la cultura moderna.

¹² Maritain, Raïssa: Op. Cit., 1954, pág. 72.

¹³ Maritain, Jacques: Op. Cit., pág. 18.

¹⁴ Maritain, Raïssa: Op. Cit., pág. 74.

¹⁵ Ibidem, pág. 81.

De alguna manera podríamos afirmar que León Bloy los “adoptó espiritualmente” y gracias a esto, sin saberlo, Jacques y Raïssa comenzaron a transitar el camino que los conduciría a ser “adoptados” por la Iglesia¹⁶.

Como en todo proceso de conversión, el hombre creyente no sólo tiene que habérselas con un sentido objetivo, sino también con alguien, con un testigo que le garantiza ese contenido objetivo y en el cual se apoya; y recién, en un segundo momento, advierte que la fe supone un asentimiento carente de reservas y una verdad incondicional. De aquí que Jacques y Raïssa aceptan la fe por el testimonio de otro: León Bloy.

“Fe quiere decir tener algo por real y verdadero en **virtud del testimonio de otro**”.¹⁷

Los jóvenes empiezan a percatarse de que es posible un modo humano y temporal de vivir los valores evangélicos, aunque los debates, y las repugnancias a creer no estaban totalmente ausentes en nuestros autores.

¹⁶ En la casa de los Bloy comienza a desvelárseles, a Jacques y a Raïssa, el problema de Dios. En una carta que Raïssa le envía a Bloy se pone de manifiesto el deseo inconsciente de Dios, semejante a aquel que tuviera el día de la comunión de sus compañeras de escuela. Afligida por no ser cristiana, Raïssa pide consejo a Bloy pues no sabe qué buscar. La respuesta de Bloy es la siguiente: “...Ahora voy a tratar de responder a la parte más seria de su carta. “No soy cristiana – dice usted -. Sólo sé buscar gimiendo”. ¿Por qué continuar buscando, amiga mía, si ya ha encontrado? ¿Cómo podría usted amar lo que escribo, si no pensara y sintiera como yo? No sólo es usted Cristiana, Raïssa: es una ferviente Cristiana, una hija amadísima del Padre, una esposa de Cristo al pie de la Cruz, una servidora amorosa de la madre de Dios en su antecámara de Reina del Mundo...sólo que usted no lo sabe, o más bien, no lo sabía, y para que lo sepa, me ha sido enviada usted”. En Bloy, León: *Cartas a Maritain y Van der Meer*, Ed. Mundo moderno, Bs. As., 1948, pág. 25. Carta correspondiente al día 25 de Agosto de 1905.

¹⁷ Pieper, Josef: *Las virtudes fundamentales*, Ed. Rialp, Madrid, España, 1980, pág. 312. El remarcado es mío.

La adhesión a los misterios de la fe les resultaba difícil pues estaban acostumbrados a adhesiones racionales; mas la confianza en Bloy hizo que se acercaran a ellas a través de la lectura de la vida de los santos, lectura que acaecía llena de prejuicios y desconfianzas.

Seguramente, si en ese momento les hubiésemos preguntado qué era lo que realmente creían, no hubiesen respondido con demasiados detalles en lo referente al contenido de su fe, sino que, en el caso de que hubiesen querido ser absolutamente precisos, habrían señalado hacia el lugar donde se hallaba la persona que les garantizaba esas verdades, y la respuesta hubiese sido: “creo lo dicho por éste”.¹⁸

“Todo lo que siguió, lecturas, reflexiones, amistades nuevas, nos habían llevado por una parte a convenir que ningunas de la objeciones hechas al catolicismo eran decisivas”.¹⁹

Asumir el bautismo traía aparejado un último paso: aceptar la separación de los seres queridos y abandonar la filosofía.

“Era aceptar la separación –¿por cuánto tiempo?– de nuestros padres y de nuestros camaradas cuya incomprensión nos parecía había de ser total, y así lo ha sido en muchos casos. (...) La verdad que tanto habíamos deseado nos había cogido en un cepo.”²⁰

Vencidas estas agonías espirituales, cautivados por el testimonio de León Bloy y descreídos de los filósofos de su tiempo comenzaron a desear la santidad, comprendiendo que llegaba el momento de tomar una decisión completa: aceptar el Bautismo y entrar en la Iglesia Católica.

Se pone en evidencia aquello de que en la relación hombre a hombre se produce la fe pero no sin que, al mismo tiempo, acontezca

¹⁸ Ibidem, pág. 313.

¹⁹ Maritain, Raïssa: *Op. Cit.*, 1954, pág. 153.

²⁰ Ibidem, 1954, pág. 155.

algo inhumano, algo no propio a la naturaleza del hombre. Jacques y Raïssa sospechaban la existencia de Alguien que está por encima de los hombres. Sólo si se cumple esto, el hombre cree.

“Porque lo determinante no es la Verdad de la proposición creída, sino la intuición de que es bueno creer”.²¹

La nueva vida cristiana

“Por fin, llegó el momento de ver en dónde estaba, qué había perdido, a quién había ofendido y en qué manos había caído; y volvió en sí: primero, volvió en sí, y por esto volvió al padre.”²²

Con estas palabras comienza San Agustín el relato de la vuelta del hijo pródigo a la casa del padre; y hemos elegido este texto porque contiene el gozne sobre el cual gira el tema de la conversión.

Al comienzo de nuestro trabajo decíamos que el pecado del hombre radica en apartarse de Dios queriendo ser Dios, y que ese querer ocupar un lugar que no es el suyo está acompañado de una pérdida del propio centro. Por esto la vuelta a Dios exige del hombre un reacomodamiento de sí mismo, un retorno a su centro o, parafraseando a San Agustín, un “volver en sí”.

Este ingrediente no es ajeno a la experiencia de conversión de Jacques y Raïssa Maritain. Pero en su caso ocurre algo curioso. Si bien, tal como señalamos anteriormente, la decisión de la conversión implicó “un morir” a la vida que llevaban –ya sea familiar, ya sea académica-, ese pasaje al nuevo estado no se dio sin dolor y sin dudas. Podríamos afirmar que su conversión, en los primeros momentos, no es una adhesión totalmente

consciente a la fe, ya que dudas y confusiones la empañaban.

Claro está que para lograr dar el paso final a la Nueva Vida, lo mismo que el hijo mayor de la parábola del Hijo pródigo, los Maritain debieron “volver en sí”. Dicha vuelta a sí mismos los guió a comprender cuál era el estado en el que habían vivido hasta conocer a Bloy y a Bergson, y a pensar cuál debería ser el estado que ellos anhelaban alcanzar. Y fue la fuerza de saberse descentrados la que los encaminó a tomar la decisión final y fundamental: pedir el Bautismo.

Al Bautismo le siguieron meses de meditación, en los cuales la idea de abandonar la filosofía los asaltaba a diario. En este momento surge lo que podríamos denominar una *segunda vuelta en sí*, la vuelta en sí que abriría las puertas de la adhesión definitiva con la cual se cerraría el capítulo de la experiencia de la conversión.

Jacques cuenta:

“Pensábamos también que hacernos Cristianos era abandonar la filosofía para siempre. Pues bien, estábamos dispuestos – pero no era fácil- a abandonar la filosofía de verdad. La verdad que tanto habíamos deseado nos había cogido en un cepo. “Si Dios ha querido ocultar su verdad en un montón de estiércol, decía Jacques, tenemos que ir a buscarla allí”.²³

“Provisionalmente abandonamos los filósofos, reposamos en una neutralidad temporal, y habíamos hecho tabla rasa de su filosofía hasta más amplios informes”.²⁴

“Ese mismo domingo tomé la resolución de abandonar toda búsqueda personal en filosofía, todo deseo de saber por mí mismo, con la seguridad de saber todo lo esencial y todo lo necesario por la Palabra de Dios, y

²¹ Pieper, Josef: Op. Cit., 317.

²² San Agustín, *Sermón 11 (Caillau)*, 2-5, “Volveré a la casa de mi padre”, en *La conversión*, selección de textos Patristicos, Editora Patria Grande, Ed. Don Bosco, Bs. As., Argentina, 1981, pág.82.

²³ Maritain, Raïssa: Op. Cit., pág. 156.

²⁴ *Ibidem*, T. II, pág. 10.

descansando en cuanto al resto en la bendita noche de la fe”.²⁵

Mas, como todos aquellos cuya vocación es la verdad, Jacques y Raïssa fueron dándose cuenta que no podían dejar de lado la Filosofía, que no se trataba de oponer la Filosofía a Dios. Así culmina la oposición entre lo temporal y lo espiritual pues comprenden que de los dos requiere la Verdad que tanto aman. Más aún: Jacques descubre que lo que desea es filosofar y que en ello radica su vocación específica.

Poco a poco van dándose cuenta que sus lugares están anclados en donde sus corazones latieron siempre: en una actitud filosófica ante la vida. En dicha actitud encontramos los gérmenes de lo que más tarde sería una restitución de la Razón, la cual se daría por acción de la fe, a saber: por un lado la virtud teologal que ilumina la Inteligencia humana, por otro las Verdades de la Fe.

De aquí parte la nueva actitud que acogieron Jacques y Raïssa frente a la filosofía: implantar la Razón en la Fe.

“Sentíamos nosotros que implantar la razón en la Fe, injertarla en el árbol de Jessé, no era debilitarla sino fortificarla, ni esclavizarla sino liberarla, ni desnaturalizarla sino volverla a la pureza de su propia naturaleza: -como iluminar al que avanza a tientas, al que camina en las tinieblas, no es arrastrarle fuera de su propia vida, sino mostrarle el camino por el que se propone marchar”. (...) “Esta actitud de espíritu era, sin embargo, más filosófica que teológica. (...), con el advenimiento de la fe a nuestras almas, y de las certidumbres que le son propias, nos encontrábamos ante un nuevo problema: el de las certidumbres de que es capaz la razón. La actitud de nuestra inteligencia seguía, pues, siendo filosófica y no teológica; no pensábamos entonces, por ser demasiado ignorantes para ello, en

profundizar racionalmente los misterios de la fe, ni en deducir partiendo de las verdades reveladas las verdades congruentes menos universales, pero sentíamos prisa por averiguar qué verdades de orden filosófico universal estaban envueltas en la tranquila seguridad de las proposiciones de la Fe”.²⁶

Así Jacques y Raïssa volvieron “a su centro” desde el cual pensaron la vida a la luz de la trascendencia. Desde ese lugar comprendieron su vocación de filósofos comprometidos con el drama del mundo y afrontaron como hombres de Iglesia al público universitario.

Jacques resume la definitiva “vuelta a sí mismo” con estas palabras, describiéndola con la hondura de quien ha sufrido el haber estado lejos de la Verdad:

“Me parece que fue aquella de una especie de buzo, avanzando como él podía en medio de la fauna submarina de verdades cautivas y de larvas de tiempo. No se sabrá jamás a qué tentaciones de tristeza negra y de desesperación un filósofo puede ser expuesto a medida que él desciende en el conocimiento de sí mismo y de la gran miseria que existe en el mundo. Es en la noche que finalmente tendrá su reposo aquí abajo, si en esta noche más cerca de Dios que el día, más desolada también, una mano invisible que él ama le conduce como un ciego. –Kolbsheim, 1961.”²⁷

La experiencia de la noche de la Fe produjo en ambos el fortalecimiento que les marcó el camino que conduce a servir a los hombres. Esta etapa, la de la adultez espiritual, es la misma en la que entró, a su regreso, el Hijo Pródigo.

Jacques y Raïssa no oponían más lo temporal a lo Espiritual. Ahora su vocación era ser servidores de la Verdad.

²⁵ Maritain, Jacques: Op. Cit., pág. 59.

²⁶ Maritain, Raïssa: Op. Cit., T. II, pág. 203.

²⁷ Maritain, Jacques: Op. Cit., pág. 220.

Conclusión

Es cierto que la veracidad de un hombre puede ser tan convincente que sólo queda pensar: “Tengo que creerle”. Sin embargo, ese paso únicamente puede darse con completa libertad, lo que implica que puede no darse. Posiblemente uno puede llegar a sentirse forzado a pensar, pero otra cosa diferente es aceptar las afirmaciones al modo de la fe. ¿Cuál es la diferencia? La fe descansa en el querer.

Al creyente no se le muestra, de modo patente, aquello que es, razón por la cual la Verdad no lo fuerza a aceptar la proposición. Antes bien, lo que primeramente lo mueve es la intuición de que es bueno aceptarla como verdadera y real, en virtud de las manifestaciones de otro.

Entra en juego aquí la Voluntad; a lo bueno no responde el conocer sino el querer.

Jacques y Raïssa Maritain creyeron porque quisieron creer. La confianza en Bloy es un acto libre al que no fueron forzados mediante ninguna argumentación. La penetración en la credibilidad del testigo no fuerza jamás – tampoco en nuestro caso particular- al hombre que cree, y el contenido objetivo no se les manifiesta tampoco. Por eso los Maritain, en tanto que creyeron fueron totalmente libres.

Su fe, a pesar de las inquietudes de pensamiento que los asaltaron, aún con posterioridad al Bautismo, no disminuyó. En realidad poseían una verdadera fe, porque “la inquietud de pensamiento es producida por el convencimiento de la verdad de lo creído, y no por otra cosa, y por eso acompaña al mismo acto de fe sin que pueda dársele de lado. El creyente es en este sentido un hombre inquieto y no puede ser

de otra manera. El conocimiento de la fe no aquieta el deseo; más bien lo excita”²⁸.

Para nuestros autores la conversión significó sortear distintas dificultades. La primera de ellas fue la de comprender porqué las cosas han de estar puestas para el hombre de tal forma que a éste no le basta con aquello que es asequible a la razón.

La segunda fue evitar “la consternación por el silencio de Dios” – como lo llama el teólogo Karl Rhaner²⁹ – y “ la ausencia de Dios en el mundo”, que comúnmente se interpreta como ateísmo y no es más que la experiencia de que Dios no pertenece a la imagen del mundo³⁰.

Pero si hay algo para remarcar en el proceso de conversión de estos esposos, es la presencia – en un tiempo oculta a sus ojos- de la Esperanza. Sin saberlo ellos “esperaron” y esa espera fue la que los mantuvo alertas y la que, sin saber muy bien cómo ni para qué, les permitió descubrir en la oscuridad del mundo que los rodeaba la Luz de la Vida en Dios.

Dra. María Laura Picón

²⁸ Pieper, Josef: Op. Cit., pág. 335.

²⁹ Rhaner, Karl: *Schriften zur Theologie*, III, 462 (Trad. Castellana publicada en Madrid por Ed. Taurus, 1961 y ss. Ed. Española, III, 433.

³⁰ Cfr. Los relatos correspondientes a las experiencias estudiantiles.